

Julio Verne



Un Drama en los Aires

E LEJANDRIA

Julio Verne



Un Drama en los Aires

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UN DRAMA EN LOS AIRES

JULIO VERNE

PUBLICADO: 1851

FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: J. HETZEL ET COMPAGNIE, PARIS, 1874

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

UN DRAMA EN LOS AIRES

JULIO VERNE

En el mes de septiembre de 185..., llegué a Frankfurt am Main. Mi paso por las principales ciudades de Alemania había quedado brillantemente marcado por ascensiones aerostáticas; pero, hasta ese día, ningún habitante de la Confederación me había acompañado en mi cúpula, y las bellas experiencias realizadas en París por los señores Green, Eugène Godard y Poitevin aún no habían logrado convencer a los graves alemanes de intentar las rutas aéreas.

Sin embargo, apenas se difundió en Frankfurt la noticia de mi próxima ascensión, que tres notables solicitaron el favor de partir conmigo. Dos días después, debíamos elevarnos desde la plaza de la Comedia. Me ocupé de inmediato de preparar mi globo. Estaba confeccionado con seda preparada con gutapercha, una sustancia inatacable a los ácidos y gases, que es de impermeabilidad absoluta, y su volumen —tres mil metros cúbicos— le permitía elevarse a las mayores alturas.

El día del despegue coincidió con la gran feria de septiembre, que atrae a tanta gente a Frankfurt. El gas de iluminación, de una calidad perfecta y con una gran fuerza ascensional, me había sido suministrado en condiciones excelentes y, alrededor de las once de

la mañana, el globo estaba lleno, pero solo tres cuartos, una precaución indispensable, ya que, a medida que se asciende, las capas atmosféricas disminuyen de densidad, y el fluido, encerrado bajo las bandas del aeróstato, adquiere más elasticidad, pudiendo hacer estallar las paredes. Mis cálculos me habían proporcionado exactamente la cantidad de gas necesaria para llevar a mis compañeros y a mí. Debíamos partir al mediodía. Era una vista magnífica la del espectáculo de esta multitud impaciente que se agolpaba alrededor del recinto reservado, inundaba toda la plaza, se desbordaba en las calles circundantes y tapizaba las casas de la plaza desde la planta baja hasta los aleros de pizarra. Los fuertes vientos de los días anteriores habían hecho silencio. Una calor agobiante caía del cielo sin nubes. No había una brisa que animara la atmósfera. En un tiempo así, uno podía descender al mismo lugar que había dejado.

Llevaba trescientas libras de lastre, repartidas en sacos; la cúpula, completamente redonda, de cuatro pies de diámetro por tres de profundidad, estaba comodamente instalada; la red de cáñamo que la sostenía se extendía simétricamente sobre el hemisferio superior del aeróstato; la brújula estaba en su lugar, el barómetro colgado del círculo que reunía las cuerdas de soporte, y el ancla cuidadosamente adornada. Podíamos partir.

Entre las personas que se agolpaban alrededor del recinto, noté a un joven de rostro pálido y rasgos agitados. Su vista me impactó. Era un espectador asiduo de mis ascensiones, a quien ya había encontrado en varias ciudades de Alemania. Con aire preocupado, contemplaba avidamente la curiosa máquina que permanecía inmóvil a pocos pies del suelo, y permanecía silencioso entre todos sus vecinos.

Sonó el mediodía. Era el momento. Mis compañeros de viaje no parecían.

Envié mensajes a la residencia de cada uno de ellos y supe que uno se había marchado a Hamburgo, otro a Viena y el tercero a Londres. El corazón les había fallado al momento de emprender una

de esas excursiones que, gracias a la habilidad de los aeronautas actuales, están desprovistas de todo peligro. Como eran parte, en cierto modo, del programa de la feria, el miedo les había hecho temer que se les obligara a ejecutarla fielmente, y habían huido lejos del teatro en el instante en que el telón se levantaba. Su coraje estaba, evidentemente, inversamente relacionado con el cuadrado de su velocidad... a largarse.

La multitud, medio decepcionada, mostró mucha malhumor. No dudé en partir solo. Para restablecer el equilibrio entre la pesadez específica del globo y el peso que debía ser eliminado, reemplacé a mis compañeros con nuevos sacos de arena y subí a la cúpula. Los doce hombres que retenían el aeróstato con doce cuerdas fijadas al círculo ecuatorial dejaron que se les escapara un poco entre los dedos, y el globo se elevó unos pocos pies del suelo. No había una brisa de viento, y la atmósfera, con una pesadez de plomo, parecía infranqueable.

— ¿Todo está listo? —grité.

Los hombres se dispusieron. Una última mirada me hizo saber que podía partir.

— ¡Atención!

Se produjo cierto movimiento en la multitud, que me pareció invadir el recinto reservado.

— ¡Suelten todo!

El globo se elevó lentamente, pero sentí una conmoción que me volcó al fondo de la cúpula.

Cuando me levanté, me encontré cara a cara con un viajero inesperado, el joven pálido.

— ¡Señor, le saludo cordialmente! —me dijo con el mayor aplomo.

— ¿Con qué derecho...?

— ¿Estoy aquí?... ¡Con el derecho que me da la imposibilidad en que usted está de rehusarme!

¡Quedé atónito! Ese aplomo me desconcertaba, y no tenía nada que responder.

Miraba a ese intruso, pero él no prestaba atención a mi asombro.

— ¿Mi peso perturba su equilibrio, señor? —dijo—. Usted permite...

Y, sin esperar mi asentimiento, aligeró el globo con dos sacos que lanzó al espacio.

— Señor, dije entonces, tomando la única posición posible, usted ha venido... ¡bien! ¡Se quedará... bien!... pero a mí solo me pertenece la conducción del aeróstato...

— Señor, respondió, su urbanidad es completamente francesa. ¡Es del mismo país que yo! Le estrecho moralmente la mano que usted me niega. ¡Tome sus medidas y actúe como mejor le convenga! Esperaré a que haya terminado.

— ¿Para...?

— Para conversar con usted.

El barómetro había bajado a veintiséis pulgadas. Estábamos aproximadamente a seiscientos metros de altura, sobre la ciudad; pero nada traicionaba el desplazamiento horizontal del globo, pues es la masa de aire en la que está encerrado la que avanza con él. Una especie de calor turbio bañaba los objetos extendidos bajo nuestros pies y les daba a sus contornos una indecisión lamentable.

Examiné de nuevo a mi compañero.

Era un hombre de unos treinta años, vestido sencillamente. La ruda arista de sus rasgos revelaba una energía indomable, y parecía bastante musculoso. Totalmente absorto en el asombro que le producía esta ascensión silenciosa, permanecía inmóvil, tratando de distinguir los objetos que se confundían en un vago conjunto.



— ¡Nefasta neblina! —dijo al cabo de unos instantes.

No respondí.

— ¡Me lo reprocha! —retomó. — ¡Bah! No podía pagar mi viaje, había que subir por sorpresa.

— ¡Nadie le pide que descienda, señor!

— ¡Eh! ¿No sabe que algo similar les ocurrió a los condes de Laurencin y de Dampierre, cuando se elevaron a Lyon, el 15 de enero de 1784?

>



Un joven comerciante, llamado Fontaine, subió por la galería, ia riesgo de hacer chavear la máquina!... ¡Completó el viaje y nadie murió!

— Una vez en tierra, nos explicaremos —respondí—, picado por el tono ligero con el que me hablaba.

— ¡Bah! ¡No pensemos en el regreso!

— ¿Crees entonces que me tardaré en descender?

— ¡Descender! —dijo con sorpresa. —¡Descender! —Empecemos por subir primero.

Y antes de que pudiera reaccionar, dos sacos de arena habían sido arrojados por encima de la cúpula, isin siquiera haber sido vaciados!

— ¡Señor! —exclamé con enojo.

— Conozco tu habilidad —respondió calmadamente el desconocido —, y tus bellas ascensiones han hecho ruido. Pero si la experiencia es hermana de la práctica, es algo así como prima de la teoría, y he hecho largos estudios sobre el arte aerostático. ¡Eso me ha llevado al cerebro! —añadió tristemente mientras caía en una contemplación muda.

El globo, después de elevarse nuevamente, permaneció estacionario.

El desconocido consultó el barómetro y dijo:

—¡Aquí estamos a ochocientos metros! ¡Los hombres parecen insectos! ¡Mira! Creo que es desde esta altura que siempre deben considerarse, para juzgar saludablemente sus proporciones. La plaza de la Comedia se ha transformado en un inmenso hormiguero. Mira la multitud que se amontona en los muelles y el Zeil que disminuye. Estamos sobre la iglesia del Dom. El Mein ya no es más que una línea blanquecina que atraviesa la ciudad, y este puente, el Mein-Brucke, parece un hilo lanzado entre las dos orillas del río.

La atmósfera se había enfriado un poco.

—No hay nada que no haga por usted, mi anfitrión —me dijo mi compañero—. Si tiene frío, quitaré mi ropa y se la prestaré.

— ¡Gracias! —respondí secamente.

— ¡Bah! ¡La necesidad hace la ley! Dame la mano, soy tu compatriota, te instruirás en mi compañía, y mi conversación te compensará el aburrimiento que te he causado.

Me senté, sin responder, en el extremo opuesto de la cúpula. El joven había sacado de su capa un voluminoso cuaderno. Era un trabajo sobre aerostación.

—Poseo —dijo— la colección más curiosa de grabados y caricaturas que se han hecho sobre nuestras manías aéreas. ¡Se ha admirado y menospreciado a la vez este preciado descubrimiento! Afortunadamente ya no estamos en la época en que los Montgolfier intentaban hacer nubes artificiales con vapor de agua y fabricar un

gas que afectara las propiedades eléctricas, que producían mediante la combustión de paja mojada y lana picada.

—¿Quieres entonces disminuir el mérito de los inventores? —respondí, pues había tomado partido en la aventura—. ¿No fue hermoso haber demostrado por la experiencia la posibilidad de elevarse en los aires?

—¡Eh! señor, ¿quién niega la gloria de los primeros navegantes aéreos? ¡Se necesitaba un coraje inmenso para elevarse mediante estas envolturas tan frágiles, que solo contenían aire calentado! Pero, le pregunto, ¿ha dado la ciencia aerostática un gran paso desde las ascensiones de Blanchard, es decir, desde hace casi un siglo? ¡Mira, señor!

El desconocido sacó una ilustración de su colección.

—Aquí está —me dijo— el primer viaje aéreo emprendido por Pilâtre des Rosiers y el marqués de Arlandes, cuatro meses después del descubrimiento de los globos. Luis XVI rechazaba su consentimiento para este viaje, y dos condenados a muerte debían intentar los primeros caminos aéreos. Pilâtre des Rosiers se indignó por esta injusticia y, a fuerza de intrigas, logró partir. Aún no se había inventado esta cúpula que facilita las maniobras, y una galería circular reinaba alrededor de la parte inferior y estrecha de la montgolfière. Los dos aeronautas debieron entonces mantenerse sin moverse en cada extremo de esta galería, pues la paja mojada que la obstruía les prohibía cualquier movimiento. Un hornillo con fuego estaba suspendido debajo del orificio del globo; cuando los viajeros querían elevarse, lanzaban paja sobre este brasero, a riesgo de incendiar la máquina, y el aire más calentado daba al globo una nueva fuerza ascensional. Los dos audaces navegantes partieron el 21 de noviembre de 1783, de los jardines de la Muette, que el delfín les había puesto a disposición. El aeróstato se elevó majestuosamente, bordeó la isla de los Cisnes, cruzó el Sena en la barrera de la Conferencia y, dirigiéndose entre la cúpula de los Inválidos y la Escuela Militar, se acercó a Saint-Sulpice. Entonces los aeronautas forzaron el fuego, cruzaron el boulevard y descendieron

más allá de la barrera del Infierno. Al tocar el suelo, el globo se desplomó y enterró por unos instantes bajo sus pliegues a Pilâtre des Rosiers.

—¡Presagio lamentable! —dije, interesado por estos detalles, que me tocaban de cerca.

—¡Presagio de la catástrofe que más tarde costaría la vida al desdichado! —respondió el desconocido con tristeza—. ¿Nunca has experimentado algo similar?

—Nunca.

—¡Bah! ¡los infortunios llegan sin presagio! —añadió mi compañero.

Y permaneció en silencio.

Sin embargo, avanzábamos hacia el sur, y ya Frankfurt había quedado atrás bajo nuestros pies.

—Quizás tengamos una tormenta —dijo el joven.

—Descenderemos antes —respondí.

—¡Por ejemplo! ¡Es mejor subir! Nos escaparemos de ella más seguramente.

Y dos nuevos sacos de arena se fueron al espacio.

El globo se elevó rápidamente y se detuvo a mil doscientos metros. Se sintió un frío bastante vivo, y sin embargo, los rayos del sol que caían sobre la envoltura dilataban el gas interior y le daban una mayor fuerza ascensional.

—No temas nada —me dijo el desconocido—. Tenemos tres mil quinientas leguas de aire respirable. Además, no te preocupes por lo que hago.

Quise levantarme, pero una mano vigorosa me clavó en mi asiento.

—¿Tu nombre? —pregunté.

—¿Mi nombre? ¿Qué te importa?

—¡Te pregunto tu nombre!

—Me llamo Érostrate o Empédocle, a tu elección.

Esta respuesta no era menos que tranquilizadora.

El desconocido, además, hablaba con una frialdad tan singular, que me pregunté, no sin inquietud, con quién tenía trato.

—Señor —continuó—, no se ha imaginado nada nuevo desde el físico Charles. Cuatro meses después del descubrimiento de los aeróstatos, este hábil hombre había inventado la válvula, que deja escapar el gas cuando el globo está demasiado lleno o se quiere descender; la cúpula, que facilita las maniobras de la máquina; la red, que contiene la envoltura del globo y distribuye la carga sobre toda su superficie; el lastre, que permite subir y elegir el lugar de aterrizaje; el revestimiento de caucho, que hace que el tejido sea impermeable; el barómetro, que indica la altura alcanzada. Finalmente, Charles empleaba hidrógeno, que, catorce veces menos denso que el aire, permite llegar a las capas atmosféricas más altas y no expone a los peligros de una combustión aérea. El 1 de diciembre de 1783, trescientos mil espectadores se agolparon alrededor de los Jardines de las Tullerías. Charles despegó, y los soldados le presentaron las armas. Alcanzó nueve leguas en el aire, conduciendo su globo con una habilidad que los aeronautas actuales no han superado. El rey le otorgó una pensión de dos mil libras, ipues entonces se incentivaban las nuevas invenciones!

El desconocido me pareció entonces en plena agitación.

—Yo, señor —retomó—, he estudiado y me he convencido de que los primeros aeronautas dirigían sus globos. Sin hablar de Blanchard, cuyas afirmaciones pueden ser dudosas, Guyton-Morveaux, con la ayuda de remos y timón, imprimió a su máquina movimientos sensibles y una dirección marcada. Recientemente, en París, un relojero, el señor Julien, ha realizado en el Hipódromo experimentos convincentes, pues, gracias a un mecanismo particular, su aparato aéreo, de forma oblonga, se ha dirigido manifestadamente contra el

viento. El señor Petin ha imaginado yuxtaponer cuatro globos de hidrógeno, y mediante velas dispuestas horizontalmente y parcialmente plegadas, espera obtener una ruptura de equilibrio que, inclinando el aparato, le imprimirá un movimiento oblicuo. Se habla bien de los motores destinados a superar la resistencia de las corrientes, como por ejemplo, la hélice; pero la hélice, moviéndose en un medio móvil, no dará ningún resultado. Yo, señor, yo he descubierto el único medio para dirigir los globos, y ni una academia ha acudido en mi ayuda, ni una ciudad ha llenado mis listas de suscripción, ni un gobierno ha querido escucharme! ¡Es infame!

El desconocido se debatía gesticulando, y la cúpula experimentaba violentas oscilaciones. Tuve mucha dificultad para contenerlo.

Sin embargo, el globo había encontrado una corriente más rápida, y avanzábamos hacia el sur, a mil quinientos metros de altura.

—Aquí está Darmstadt —me dijo mi compañero, inclinándose sobre la cúpula—. ¿Vislumbras su castillo? ¡No distintamente, ¿verdad! ¿Qué quieres? ¡Este calor de tormenta hace oscilar la forma de los objetos, y se necesita un ojo hábil para reconocer las localidades!

—¿Estás seguro de que es Darmstadt? —pregunté.

—Sin duda, y estamos a seis leguas de Frankfurt.

—¡Entonces hay que descender!

—¡Descender! No pretendes descender sobre los campanarios —dijo el desconocido riéndose.

—No, pero en los alrededores de la ciudad.

—¡Bueno! ¡Evitemos los campanarios!

Al hablar así, mi compañero agarró sacos de lastre. Me precipité hacia él; pero con una mano me derribó, y el globo aligerado alcanzó los dos mil metros.

—Mantente calmado —dijo—, y no olvides que Brioschi, Biot, Gay-Lussac, Bixio y Barral han ido a mayores alturas para realizar sus

experimentos científicos.

—Señor, hay que descender —retomé, intentando persuadirlo con suavidad—. La tormenta se está formando a nuestro alrededor. No sería prudente...

—¡Bah! ¡Subiremos más alto que ella, y ya no la temeremos! —exclamó mi compañero—. ¡Qué más hermoso que dominar estas nubes que aplastan la tierra! ¿No es un honor navegar así sobre las olas aéreas? Los personajes más grandes han viajado como nosotros. La marquesa y la condesa de Montalembert, la condesa de Podenas, la señorita La Garde, el marqués de Montalembert partieron del barrio de Saint-Antoine hacia estas costas desconocidas, y el duque de Chartres desplegó mucha destreza y presencia de espíritu en su ascensión del 15 de julio de 1781. En Lyon, los condes de Laurencin y de Dampierre; en Nantes, el señor de Luynes; en Burdeos, d'Arbelet des Granges; en Italia, el caballero Andréani; en nuestros días, el duque de Brunswick han dejado en el aire la huella de su gloria. ¡Para igualar a estos grandes personajes, hay que ir más alto que ellos en las profundidades celestiales! ¡Acercarse al infinito es comprenderlo!

La rarificación del aire dilataba considerablemente el hidrógeno del globo, y veía cómo su parte inferior, dejada vacía a propósito, se hinchaba y hacía indispensable la apertura de la válvula; pero mi compañero no parecía dispuesto a dejarme maniobrar a mi antojo. Decidí, por tanto, tirar en secreto de la cuerda de la válvula, mientras él hablaba con animación, ipues temía adivinar con quién tenía trato! ¡Habría sido demasiado horrible! Eran aproximadamente las una menos cuarto. Habíamos dejado Frankfurt hace cuarenta minutos, y desde el sur llegaban contra el viento gruesas nubes listas para chocar contra nosotros.

—¿Has perdido toda esperanza de hacer triunfar tus combinaciones? —pregunté con un interés... muy interesado.

—¡Toda esperanza! —respondió sordamente el desconocido—. ¡Herido por los rechazos, las caricaturas, estos patadas de burro, me

han acabado! ¡Es el eterno suplicio reservado a los innovadores!
¡Mira estas caricaturas de todas las épocas, que mi portafolios está lleno!

Mientras mi compañero hojeaba sus papeles, había agarrado la cuerda de la válvula, sin que él se diera cuenta. Sin embargo, había que temer que notara ese silbido, parecido a una cascada, que producía el gas al escapar.

—¡Qué bromas se hacen sobre el abad Miolan! —dijo—. Debía despegar con Janninet y Bredin. Durante la operación, el fuego prendió su montgolfière, ¡y una población ignorante la destruyó! Luego, la caricatura de los animales curiosos los llamó Miaulant, Jean Minet y Gredin.

Tiré de la cuerda de la válvula, y el barómetro comenzó a subir. ¡Era el momento! Algunos retumbos lejanos tronaban al sur.

—Mira esta otra ilustración —retomó el desconocido, sin sospechar mis maniobras—. Es un inmenso globo elevando un barco, fortalezas, casas, etc. ¡Los caricaturistas no pensaban que sus tonterías algún día se convertirían en verdades! ¡Es completo, este gran buque! A la izquierda, su timón, con el alojamiento de los pilotos; a proa, casas de placer, un órgano gigantesco y un cañón para llamar la atención de los habitantes de la tierra o de la luna; sobre la popa, el observatorio y el globo-barcaza; en el círculo ecuatorial, el alojamiento del ejército; a la izquierda, el faro, luego las galerías superiores para paseos, las velas, los alerones; debajo, los cafés y la tienda general de víveres. Admira este magnífico anuncio: «Inventado para la felicidad del género humano, este globo partirá incesantemente hacia las escalas del Levante, y a su regreso anunciará sus viajes tanto a los dos polos como a los extremos del occidente. No hay que preocuparse de nada; todo está previsto, todo irá bien. Habrá una tarifa exacta para todos los lugares de paso, pero los precios serán los mismos para las regiones más alejadas de nuestro hemisferio; es decir: mil louis por uno de los dichos viajes cualesquiera. Y se puede decir que esta suma es bien modesta, en cuanto a la celeridad, la comodidad y los agrados de los

que se gozará en dicho aeróstato, agrados que no se encuentran aquí abajo, dado que en este globo cada uno encontrará las cosas de su imaginación. ¡Esto es tan cierto que, en el mismo lugar, unos estarán de baile, otros en estación; unos harán cena exquisita y otros ayunarán; quien quiera conversar con gente de espíritu encontrará con quién hablar; quien sea tonto no faltará de igual. ¡Así, el placer será el alma de la sociedad aérea!» Todas estas invenciones hicieron reír... ¡Pero en poco tiempo, si mis días no estuvieran contados, se vería que estos proyectos en el aire son realidades!

Descendíamos visiblemente. ¡Él no lo notaba!

—Mira aún esta especie de juego de globos —retomó—, extendiéndome delante de él algunas de esas ilustraciones de las que tenía una importante colección—. Este juego contiene toda la historia del arte aerostático. Está destinado a mentes elevadas, y se juega con dados y fichas cuyo precio se acuerda, y que se paga o se recibe, según la casilla en la que se llegue.

—Pero —retomé—, pareces haber estudiado profundamente la ciencia de la aerostación.

—¡Sí, señor! ¡Sí! Desde Faetón, desde Ícaro, desde Arquítas, ¡he investigado todo, he inspeccionado todo, he aprendido todo! Por mí, el arte aerostático rendiría inmensos servicios al mundo, ¡si Dios me prestara vida! ¡Pero eso no será!

—¿Por qué?

—¡Porque me llamo Empédocles o Erostrato!

Sin embargo, el globo afortunadamente se acercaba a tierra; pero, cuando uno cae, ¡el peligro es tan grave a cien pies como a cinco mil!



>

> « ¿Recuerdas la batalla de Fleurus? —retomó mi compañero, cuya cara se animaba cada vez más. —iFue en esa batalla que Coutelle, por orden del gobierno, organizó una compañía de aerostatos! En el sitio de Maubeuge, el general Jourdan retiró de tan importantes servicios a este nuevo modo de observación, que dos veces al día, y con el propio general, Coutelle se elevaba en los aires. La correspondencia entre el aeronauta y los aerostatos que retenían el globo se realizaba mediante pequeñas banderas blancas, rojas y amarillas. A menudo se disparaban carabinas y cañones contra el aparato en el instante en que se elevaba, pero sin resultado. Cuando Jourdan se preparó para invadir Charleroi, Coutelle se acercó a esa plaza, se elevó desde la llanura de Jumet, y permaneció siete u ocho horas en observación con el general Morlot, lo que sin duda nos dio la victoria de Fleurus. Y, de hecho, el general

Jourdan proclamó en alto los servicios que había retirado de las observaciones aerostáticas. ¡Pues bien! ¡A pesar de los servicios prestados en esa ocasión y durante la campaña de Bélgica, el año que vio comenzar la carrera militar de los globos también la vio terminar! ¡Y la escuela de Meudon, fundada por el gobierno, fue cerrada por Bonaparte a su regreso de Egipto! Y, sin embargo, ¿qué esperar del niño recién nacido? —había dicho Franklin—. ¡El niño nació viable, no hay que ahogarlo! »



El desconocido inclinó su frente sobre sus manos, empezó a reflexionar unos instantes. Luego, sin levantar la cabeza, me dijo:

«¿A pesar de mi defensa, señor, ha abierto la válvula? »

Solté la cuerda.

«¡Afortunadamente! —retomó—, ¡todavía tenemos trescientos libras de lastre!

— ¿Cuáles son sus planes? —dijo entonces.

— ¿Nunca ha cruzado los mares? » —me preguntó.

Me sentí palidecer.

«Es lamentable —añadió—, ¡que seamos empujados hacia el mar Adriático! ¡No es más que un arroyo! ¿Pero quizá encontraremos otras corrientes más arriba?

Y, sin mirarme, alivió el globo con algunos sacos de arena. Luego, con una voz amenazante:

«Te he dejado abrir la válvula —dijo—, porque la dilatación del gas amenazaba con reventar el globo. ¡Pero no vuelvas atrás! »

Y continuó en estos términos:

«¡Conoces la travesía de Dover a Calais realizada por Blanchard y Jefferies! ¡Es magnífico! El 7 de enero de 1788, con un viento de noroeste, su globo fue inflado con gas en la costa de Dover. Un error de equilibrio, apenas se elevaron, los forzó a soltar su lastre para no caer, y solo conservaron treinta libras. ¡Era demasiado poco, ya que el viento no dejaba de soplar, avanzaban muy lentamente hacia las costas de Francia! Además, la permeabilidad del tejido hacía que el aeróstato se desinflara poco a poco, y al cabo de una hora y media los viajeros se dieron cuenta de que descendían.

«— ¿Qué hacer? —dijo Jefferies.

«— ¡Solo hemos recorrido tres cuartos del camino! —respondió Blanchard—, ¡y poco elevados! ¡Al subir, tal vez encontremos vientos más favorables.

«— ¡Soltemos el resto de la arena! »

«El globo recuperó algo de fuerza ascensional, pero no tardó en descender de nuevo. Hacia la mitad del viaje, los aeronautas se deshicieron de libras y herramientas. Un cuarto de hora después, Blanchard dijo a Jefferies:

«— ¿El barómetro?

«— ¡Está subiendo! ¡Estamos perdidos, y sin embargo, ¡aquí están las costas de Francia! »

«Un gran ruido se escuchó.

«— ¿El globo está desgarrado? —dijo Jefferies.

«— ¡No! ¡La pérdida de gas ha desinflado la parte inferior del globo! ¡Pero todavía descendemos! ¡Estamos perdidos! ¡Abajo todas las cosas inútiles! »

«Las provisiones, los remos y el timón fueron arrojados al mar. Los aeronautas ya solo estaban a cien metros de altura.

«— ¡Vamos a remontar! —dijo el doctor.

«— ¡No, es el empuje causado por la disminución del peso! ¡Y no hay ningún barco a la vista, ni una barca en el horizonte! ¡A la mar nuestras ropas! »

«Los desdichados se despojaron, pero el globo seguía descendiendo.

«— Blanchard —dijo Jefferies—, debías hacer este viaje solo; has consentido en llevarme; ¡me desvelaré! ¡Voy a lanzarme al agua, y el globo aligerado remontará!

«— ¡No, no! ¡Es horrible! »

«El globo se desinflaba cada vez más, y su concavidad, actuando como un paracaídas, apretaba el gas contra las paredes y aumentaba su fuga.

«— ¡Adiós, amigo mío! —dijo el doctor—. ¡Que Dios te conserve! »

«Iba a lanzarse cuando Blanchard lo detuvo.

«— ¡Nos queda un recurso! —dijo—. ¡Podemos cortar las cuerdas que retienen la cúpula y agarrarnos a la red! ¡Quizás el globo se relanze! ¡Prepárense! ¡Pero... el barómetro desciende! ¡Remontamos! ¡El viento disminuye! ¡Estamos salvados! »

«¡Los viajeros avistaron Calais! ¡Su alegría rozaba el delirio! Unos instantes después, se precipitaban en el bosque de Guînes. »

«No dudo —añadió el desconocido—, que en tal circunstancia, ino tomes ejemplo del doctor Jefferies! »

Las nubes se desplegaban ante nuestros ojos en masas deslumbrantes. El globo proyectaba grandes sombras sobre ese cúmulo de nubes y se envolvía como una aureola. El trueno rugía debajo de la cúpula. ¡Todo era aterrador!

«¡Descendamos! —exclamé.

— ¡Descender, cuando el sol está ahí, que nos espera! ¡Abajo los sacos! »

Y el globo fue aligerado con más de cincuenta libras.

A tres mil quinientos metros, permanecemos estacionarios. El desconocido hablaba sin cesar. Yo estaba en completa prostración, mientras él parecía vivir en su elemento.

«¡Con buen viento, iríamos lejos! —exclamó—. En las Antillas, ¡hay corrientes de aire que hacen cien leguas por hora! Durante la coronación de Napoleón, Garnerin lanzó un globo iluminado con vidrios de colores, a las once de la noche. El viento soplabá del noroeste. ¡Al día siguiente al amanecer, los habitantes de Roma saludaban su paso sobre la cúpula de San Pedro! ¡Iremos más lejos... y más alto! »

¡Apenas podía oír! ¡Todo zumbaba a mi alrededor! Se abrió un agujero en las nubes.

«¡Mira esta ciudad! —dijo el desconocido—. ¡Es Spire! »

Me incliné fuera de la cúpula, y avisté un pequeño cúmulo negruzco. ¡Era Spire! El Rin, tan ancho, parecía una cinta desplegada. Sobre nuestras cabezas, el cielo era de un azul oscuro. ¡Los pájaros nos habían abandonado hace mucho tiempo, pues en ese aire rarificado su vuelo habría sido imposible! ¡Estábamos solos en el espacio, y yo en presencia del desconocido!

«No es necesario que sepas a dónde te llevo —dijo entonces—, y lanzó la brújula a las nubes. ¡Ah! ¡Es una cosa hermosa que una caída! Sabes que se cuentan pocas víctimas de la aerostación desde Pilâtre des Rosiers hasta el teniente Gale, y que siempre a la imprudencia se deben las desgracias. Pilâtre des Rosiers partió con Romain, de Boulogne, el 13 de junio de 1785. En su globo de gas había suspendido una montgolfière de aire caliente, ¡para liberarse, sin duda, de la necesidad de perder gas o soltar lastre! ¡Era poner un hornillo debajo de un barril de pólvora! Los imprudentes llegaron a cuatrocientos metros y fueron atrapados por los vientos opuestos, que los arrojaron en plena mar. Para descender, Pilâtre quiso abrir la válvula del aeróstato, pero la cuerda de esta válvula quedó atrapada en el globo y lo rasgó tanto que se vació en un instante. Cayó sobre la montgolfière, la hizo girar y arrastró a los desdichados, quienes se rompieron en pocos segundos. ¡Es espantoso, ¿verdad?! »

No pude responder más que estas palabras:

«¡Por piedad! ¡descendamos! »

Las nubes nos presionaban por todos lados, y atroces detonaciones, que se rebotaban en la cavidad del aeróstato, se cruzaban a nuestro alrededor.

«¡Me impacientas! —exclamó el desconocido—, ¡y ya no sabrás si ascendemos o descendemos! »

Y el barómetro se unió a la brújula con algunos sacos de tierra. ¡Debíamos estar a cinco mil metros de altura! Ya algunos hielos se pegaban a las paredes de la cúpula, y una especie de nieve fina me penetraba hasta los huesos. Y, sin embargo, una horrible tormenta estallaba bajo nuestros pies, ¡pero nosotros éramos más altos que ella!

« No tengan miedo —me dijo el desconocido. Solo los imprudentes se convierten en víctimas. Olivari, quien pereció en Orleans, se elevó en una montgolfiera de papel; su cúpula, suspendida debajo del hornillo y cargada con materiales combustibles, se convirtió en presa de las llamas; ¡Olivari cayó y

murió! Mosment se elevó en Lille, sobre una meseta ligera; una oscilación le hizo perder el equilibrio; ¡Mosment cayó y murió! Bittorf, en Mannheim, vio cómo su globo de papel se incendiaba en el aire; ¡Bittorf cayó y murió! Harris se elevó en un globo mal construido, cuya válvula demasiado grande no pudo cerrarse; ¡Harris cayó y murió! Sadler, privado de lastre por su prolongada estancia en el aire, fue arrastrado sobre la ciudad de Boston y golpeó contra las chimeneas; ¡Sadler cayó y murió! Coking descendió con un paracaídas convexo que afirmaba haber perfeccionado; ¡Coking cayó y murió! Pues bien, amo a estas víctimas de su imprudencia, ¡y moriré como ellas! ¡Más alto! ¡Más alto! »

¡Todos los fantasmas de esta necrología pasaban ante mis ojos! La rarificación del aire y los rayos del sol aumentaban la dilatación del gas, ¡y el globo seguía subiendo! Intenté mecánicamente abrir la válvula, pero el desconocido cortó la cuerda a unos pies sobre mi cabeza... ¡Estaba perdido!

« ¿Has visto caer a la Sra. Blanchard? —me dijo. —¡Yo la vi, sí, yo! Estaba en el Tivoli el 6 de julio de 1819. La Sra. Blanchard se elevaba en un globo de pequeño tamaño, para ahorrar en los costos de llenado, y estaba obligada a inflarlo por completo. Además, el gas escapaba por el apéndice inferior, dejando en su camino una verdadera estela de hidrógeno. Ella llevaba, suspendida debajo de su cúpula por un alambre de hierro, una especie de aureola de artificio que debía encender. Muchas veces había repetido esta experiencia. Ese día, además, llevaba un pequeño paracaídas cargado con un artificio terminado en una bola de lluvia de plata. Debía lanzar este aparato, después de haberlo encendido con una lanza de fuego especialmente preparada para ese fin. Partió. La noche estaba oscura. Al momento de encender su artificio, tuvo la imprudencia de hacer pasar la lanza de fuego por debajo de la columna de hidrógeno que escapaba del globo. Tenía los ojos fijos en ella. De repente, una luz inesperada iluminó las tinieblas. Creí que era una sorpresa del hábil aeronauta. La luz creció, desapareció de repente y reapareció en la cima del aeróstato en forma de un inmenso chorro de gas en llamas. Esta claridad siniestra se proyectaba sobre el

bulevar y todo el barrio de Montmartre. Entonces, vi a la desdichada levantarse, intentar dos veces comprimir el apéndice del globo para apagar el fuego, luego sentarse en su cúpula y buscar dirigir su descenso, ya que no caía. La combustión del gas duró varios minutos. El globo, disminuyendo cada vez más, seguía descendiendo, ¡pero no era una caída! El viento soplabá del noroeste y la arrojó sobre París. Entonces, en los alrededores de la casa número 16, rue de Provence, había inmensos jardines. ¡El aeronauta podría caer allí sin peligro! ¡Pero, fatalidad! ¡El globo y la cúpula aterrizan sobre el techo de la casa! El impacto fue ligero. «¡A mí!» — gritó la desdichada. Llegaba a la calle en ese momento. La cúpula resbaló sobre el techo, chocó contra un pincho de hierro. Con este golpe, la Sra. Blanchard fue lanzada fuera de su cúpula y precipitó sobre el empedrado. ¡La Sra. Blanchard se mató! »

¡Estas historias me helaban de horror! El desconocido estaba de pie, sin cabeza cubierta, con el cabello erizado, ¡ojos vidriosos!

¡No había más ilusión posible! ¡Finalmente veía la horrible verdad!
¡Tenía trato con un loco!!

Lanzó el resto del lastre, ¡y debimos ser arrastrados al menos a nueve mil metros de altura! ¡La sangre me salía por la nariz y por la boca!

« ¿Qué hay más hermoso que los mártires de la ciencia? — exclamaba entonces el insensato. ¡Son canonizados por la posteridad! »

Pero ya no escuchaba. El loco miró a su alrededor y se arrodilló junto a mi oído:

« ¿Y la catástrofe de Zambecarri, la has olvidado? Escucha. El 7 de octubre de 1804, el tiempo pareció mejorar un poco. Los días anteriores, el viento y la lluvia no habían cesado, pero la ascensión anunciada por Zambecarri no podía reprogramarse. ¡Sus enemigos ya lo despreciaban! Había que partir para salvar de la burla pública a la ciencia y a él. ¡Era en Bolonia! Nadie lo ayudó a llenar su globo.

« Fue a medianoche cuando se elevó, acompañado de Andréoli y Grossetti. El globo subió lentamente, pues había sido agujereado por la lluvia, y el gas escapaba. Los tres intrépidos viajeros solo podían observar el estado del barómetro con una linterna opaca. ¡Zambecarri no había comido en veinticuatro horas! ¡Grossetti también estaba en ayunas!

« — Amigos míos —dijo Zambecarri—, el frío me atrapa, estoy exhausto. ¡Voy a morir! »

« Cayó inanimado en la galería. Lo mismo ocurrió con Grossetti. Solo Andréoli permanecía despierto. Después de largos esfuerzos, logró sacudir a Zambecarri de su entumecimiento.

« — ¿Qué hay de nuevo? ¿A dónde vamos? ¿De dónde viene el viento? ¿Qué hora es?

« — ¡Son las dos!

« — ¿Dónde está la brújula?

« — ¡Derribada!

« — ¡Santo Dios! ¡la vela de la linterna se apaga!

« — Ya no puede arder en este aire rarificado —dijo Zambecarri!

« La luna no se había levantado, y la atmósfera estaba sumida en una horrorosa oscuridad.

« — ¡Tengo frío, tengo frío! —Andréoli—. ¿Qué hacer? »

« Los desdichados descendieron lentamente a través de una capa de nubes blanquecinas.

« — ¡Shh! —dijo Andréoli—. ¿Escuchas?

« — ¿Qué? —respondió Zambecarri.

« — ¡Un ruido extraño!

« — ¡Te equivocas!

« — ¡No! »

« ¿Ves a estos viajeros en medio de la noche, escuchando ese ruido incomprensible? ¿¿Se chocarán contra una torre? ¿¿Serán precipitados sobre los tejados? »

« — ¡¿Escuchas?! ¡Parece el ruido del mar!

« — ¡Imposible!

« — ¡Es el rugido de las olas!

« — ¡Es cierto!

« — ¡Luz! ¡Luz! »

« Después de cinco intentos infructuosos, Andréoli lo consiguió. Eran las tres. ¡El ruido de las olas se escuchaba con violencia! ¡Casi tocaban la superficie del mar!!

« — ¡Estamos perdidos! —gritó Zambecarri—, y se agarró a un gran saco de lastre.

« — ¡A nosotros! —gritó Andréoli.

« La cúpula tocaba el agua, ¡y las olas les cubrían el pecho!

« — ¡Al mar los instrumentos, las ropas, el dinero! »

« Los aeronautas se despojaron completamente. ¡El globo aligerado se elevó con una rapidez horripilante! Zambecarri fue acometido por un considerable vómito. Grossetti sangraba abundantemente. Los desdichados no podían hablar, ¡tan corta era su respiración! El frío los atrapó, y en un momento quedaron cubiertos por una capa de hielo. La luna les parecía roja como la sangre.

« Después de recorrer estas altas regiones durante media hora, la máquina cayó al mar. Eran las cuatro de la mañana. ¡Los náufragos tenían la mitad del cuerpo en el agua, y el globo, actuando como una vela, los arrastraba durante varias horas!

« Al amanecer, se encontraron frente a Pesaro, a cuatro millas de la costa. Iban a abordarlos, cuando un golpe de viento los arrojó en plena mar. »



>

¡Estaban perdidos! ¡Los botes aterrorizados huían a su acercamiento!... Afortunadamente, un navegante más instruido los atracó, los subió a bordo y desembarcaron en Ferrada.

«¿Viaje aterrador, verdad? Pero Zambecarri era un hombre enérgico y valiente. Apenas recuperado de sus sufrimientos, volvió a comenzar sus ascensiones. Durante una de ellas, chocó contra un árbol, su lámpara de alcohol se derramó sobre su ropa; quedó cubierto de fuego, y su máquina empezaba a incendiarse, icuando pudo descender medio quemado!

«Finalmente, el 21 de septiembre de 1812, hizo otra ascensión en Bolonia. Su globo se enganchó a un árbol, y su lámpara volvió a

incendiarlo. ¡Zambecarri cayó y murió! »



>

«¡Y ante estos hechos, aún dudaríamos! ¡No! ¡Cuanto más alto vayamos, imás gloriosa será la muerte!»

El globo, completamente aligerado de todos los objetos que contenía, ifuimos arrastrados a alturas inconmensurables! El aeróstato vibraba en la atmósfera. El más mínimo ruido hacía estallar las bóvedas celestiales. Nuestro globo, el único objeto que captaba mi vista en la inmensidad, parecía listo para aniquilarse, y, sobre nosotros, ilas alturas del cielo estrellado se perdían en las profundidades oscuras!

Vi al individuo erguirse frente a mí.

«¡Es la hora! —me dijo—. ¡Hay que morir! ¡Estamos rechazados por los hombres! ¡Nos menosprecian! ¡Aplástalos!

— ¡Gracias! —dije.

— ¡Cortemos estas cuerdas! ¡Que esta cúpula sea abandonada en el espacio! ¡La fuerza atractiva cambiará de dirección, ¡y abordaremos al sol! »

La desesperación me galvanizó. Me precipité sobre el loco, nos embestimos cuerpo a cuerpo, ¡y ocurrió una lucha horripilante! Pero fui derribado, y mientras él me mantenía bajo su rodilla, el loco cortaba las cuerdas de la cúpula.

«¡Uno!... —dijo.

— ¡Dios mío!...

— ¡Dos!... ¡Tres!... »

Hice un esfuerzo sobrehumano, me enderezé y empujé violentamente al insensato.

«¡Cuatro!» —dijo.

La cúpula cayó, pero, instintivamente, me agarré a los cordones y me aferré a las mallas de la red.

¡El loco había desaparecido en el espacio!

¡El globo fue elevado a una altura inconmensurable! ¡Se oyó un horrible crujido!... ¡El gas, demasiado dilatado, había reventado la envoltura! Cerré los ojos...

Unos instantes después, un calor húmedo me revivió. Estaba en medio de nubes en llamas. El globo giraba con un vértigo aterrador. Impulsado por el viento, ¡hacía cien leguas por hora en su carrera horizontal, y los relámpagos se cruzaban a su alrededor!

Sin embargo, mi caída no era muy rápida. Cuando reabrí los ojos, vi el campo. ¡Estaba a dos millas del mar, y el huracán me empujaba con fuerza hacia allí, cuando una sacudida brusca me hizo soltar!

¡Mis manos se abrieron, una cuerda resbaló rápidamente entre mis dedos, ¡y me encontré en tierra!

Era la cuerda del ancla, que, barriendo la superficie del suelo, se había atrapado en una grieta, y mi globo, aligerado una última vez, fue a perderse más allá de los mares.

Cuando volví en mí, ¡estaba acostado en casa de un campesino, en Harderwick, pequeña ciudad de Gueldre, a quince leguas de Ámsterdam, en las orillas del Zuyderzée!

¡Un milagro me había salvado la vida, pero mi viaje no había sido más que una serie de imprudencias, hechas por un loco, ¡a las que no pude hacer frente!

¡Que este terrible relato, al instruir a quienes me leen, ¡por lo tanto, no desanime a los exploradores de las rutas del aire!

1. [Un drama en los aires - Julio Verne](#)

iGracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**